

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 574.

MURCIA 28 DE ABRIL DE 1901.

La Juventud Literaria

DEBEMOS VENERARLA

El que ignore las ilusiones que acaricia la mujer al notar que paulatimamente va formándose en sus entrañas lo que más tarde le vá á dar el hermoso nombre de madre; los ensueños de su calenturienta imaginación, las múltiples quimeras que su vivo deseo en ser madre, crea y acaricia, no puede comprender la satisfacción que experimenta al dar el primer abrazo y el beso primero al hijo de su alma; la alegría que cual corriente eléctrica recorre con suma velocidad todo su ser, al ver que los ojos de su pequeñuelo, esos ojos que irradian tanto candor y pureza, se fijan atentamente en ella y la sonrien; que sus manecitas la abofetean el rostro ó alegremente la oprimen.

Mas nada de esto es comparable al gozo que siente el día, en que hiere sus oídos ese grito celestial pronunciado torpemente por su hijo: el grito de madre ¡Ah! cuando ella se oye llamar con el hermoso nombre de madre, por su hijo, la boca de este recibe una descarga de besos interrumpidos por frases de excesiva dulzura, que poseen una armonía incomprensible. ¡Y es verdad! porque el corazón de una madre es el poema más sublime: ningún otro encierra tanto amor y sentimiento.

¿No os habeis fijado nunca en el abandono de una madre al contemplar á su hijo? Observarla y vereis con el loco afán y la ex-

quisita ternura con que le mira. Colocado en su regazo le dirige miradas de amor intenso, mas ¡ay! que estas miradas se vuelven sombrías, y cogiendo rápidamente en sus brazos al pequeño, le oprime contra su amoroso pecho de igual modo que si se lo fuesen á arrebatarse. Acaso pensará en estos momentos que la muerte puede robar impunemente la alegría á su alma. Este pensamiento, sí, es el que debe abstraerla; por eso sus brazos oprimen y sus ojos lloran; sus labios besan y su corazón late angustiado. ¡Pobre madre! que feliz y desgraciada la hace su incomparable cariño. Dichosos los que la hemos conocido y sabido apreciar sus tiernas caricias.

Y aun hay insensatos que se burlan de sus consejos, que desprecian sus amorosos ruegos, que la maltratan ó la pegan, la hierren ó la matan. Criminales excepcionales que para satisfacer sus feroces y sanguinarios instintos, escojen á su madre sin respetar, ni hacerles impresion alguna al recuerdo de que por sus venas corre igual sangre. Séres de alma perversa que por conseguir lo necesario para sostener una vida licenciosa ó por servirles de obstáculo para la realización de algun proyecto, se atreven á torturar su cuerpo ó á cortar el hilo de tan preciosa existencia. Para estos malvados debieran crearse penas especiales.

Si el hombre que maltrata á la mujer se degrada, el hijo que tan solo levanta la mano contra su madre se hace odioso. Accion tan vil y repugnante no puede por menos de excitar el ánimo y condenarse duramente.

El que ama á su madre ama á Dios. Todo hijo bueno sabe

cumplir los deberes de esposo amante, de padre cariñoso y ciudadano honrado.

Justo es, pues, que á las incasantes caricias que nuestra madre nos prodiga y á sus constantes desvelos correspondamos con homenaje cariñoso.

¡Un poco de ternura y respeto, y se considerará satisfecho!

Y tenedlo entendido, por muy extremados que seamos para quererla, jamás llegaremos ni aún á equilibrar nuestro cariño con el suyo.

Y es lógico, ¡sufrir tanto para darnos vida!

Al bendecirla damos un caloroso y entusiasta aplauso á la obra más bella de la creación.

EMILIO BELMAR.



EL JILGUERILLO

BALADA

Yo en una jaulita
tenía un jilguero
de plumas muy bellas de varios colores,
de ojitos muy negros.

Era el jilguerillo mi ave favorita
y yo le cuidaba siempre con esmero,
y le colocaba terrones de azúcar
por entre los hierros
de su linda jaula, y el pájaro abría
su piquito tierno,
cogía un cachito y luego entonaba
preciosos gorjeos,
que mi alma alegraban al oír su armonía,
al oír la dulzura de su sentimiento.

No sé qué me pasa
siempre que me acuerdo
de aquel jilguerillo de pintadas plumas...
no sé lo que siento...
tristeza en el alma,
tristeza, tristeza muy grande el pecho.

Un día, muy pronto,
apenas brillaba la aurora en el cielo,
como de costumbre
á su linda jaula me acerqué corriendo.

Allí estaba el pobre,
no como otras veces, saltando contento,
ni entonando alegre con su tierno pico
preciosos gorjeos:
sino inmóvil, triste, los vidriados ojos
un poco entrecerrados...
¡Pobre pajarito!
¡Es que estaba muerto!

Al verle dos lágrimas de amante cariño
mis ojos vertieron,
y desde aquel día,
siempre que me acuerdo
de aquel pajarito que yo antes cuidaba
siempre con esmero,
pienso que nosotros hemos de morirnos,
lo mismo, lo mismo que el pobre
de plumas muy bellas de varios colores,
de ojitos muy negros.

MIGUEL DE SAN RAMON



ÍNTIMA

Como al nacer el día bulliciosas
las aves abandonan la enramada,
llenando los espacios de armonía
al batir de sus alas,
así al mirarme tus hermosos ojos,
más bellos que la luz de la alborada,
brotan del fondo de mi pecho triste
dulces cantos de amor y de esperanza.

CARLOS PEREZ ORTIZ



COMO EMPIEZA Y COMO ACABA

— RAPIDA —

— 603 —

Vedla, pálida, ojerosa, con el
pié desnudo y mal encubierto su
delicado cuerpecito con algunos
harapos, extender su manecita
pidiendo una limosna con plañi-
dera voz.

Una vieja espera acurrucada
en el hueco de una puerta el
fruto de la caridad, que la niña
va depositando en sus negras
manos. Si pasa algun tiempo sin
haber obtenido alguna moneda,

